¡Demasiado es, ó Madre, es demasiado para saciaros abundantísimamente tener vos sola aquel Hijo, que hace tan deliciosa la vida de su eterno Padre! ¡Rebosa y sobreabunda en vos! ¡Dadnos alguna gota de ese piélago divino! ¡Oh Madre amabilísima, no tengais vos sola á vuestro Hijo! Dadle, dadle á vuestros pequeñitos hijuelos.

Sí, dulce Madre; nos le dais, y por vos tenemos la dicha de alimentarnos de la misma sustancia de Dios! ¡Cómo la recibiriamos en la santa comunion, si su adorable Divinidad toda espiritual é infinitamente encumbrada sobre nuestros sentidos no se hubiese abatido para acomodarse á la flaqueza nuestra! ¿Cómo lo hubiera hecho si no le hubiéseis vestido de vuestra carne? ¿A quién sino á vos debemos los mortales eterna gratitud por habérnosla dado proporcionada á nuestra debilidad? Si solo el Padre nos diera á su Hijo con toda la gloria de su Divinidad, ¿podríamos recibirle? Seria, como dice San Agustin, un manjar demasiado fuerte para la humana flaqueza. Fué menester que pasase por el seno de la Madre, y se hiciese á manera de una leche proporcionada á nuestro enfermo paladar: *Oportuit ut mensa illa lactesceret, et sic ad parvulos perveniret.*

Venid, hijos mios, clama la dulcísima Vírgen, venid á la augusta y deliciosa mesa, que el Padre Eterno y yo os hemos preparado: él os dió su divinidad, yo os dí su humanidad: la una y la otra las hallaréis juntas en la Eucaristía: venid á comer aquel pan vivo bajado del cielo; pero es menester que tengais hambre: *Esurientes implevit bonis;* pues solo los hambrientos gustan las delicias de este manjar divino, y solo se saborean y satisfacen con él los que suspiran por la comunion santa y la reciben poseidos de respeto y de cordial amor.

La Reina de los profetas concluye su cántico animando á Abraham y á su posteridad, y asegurando que lleva siempre á Israel estrechado en sus brazos como á hijo querido, y que segun sus promesas jamás le abandonará: *Suscepit Israel puerum suum, sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus.* Pero esta descendencia no es la carnal, que son los judíos, á los cuales parece que el Señor ha abandonado, sino la espiritual, de que habla San Pablo, es decir, los cristianos.

Por esta razon llamó Dios á Abraham el Padre de los creyentes, esto es, el padre de los que tienen la verdadera fe; luego los que poseen la fe son sus hijos legítimos. No lo sois pues vosotros, míseros judíos, que aborreceis la única fe verdadera que el Mesías vino á establecer en el mundo, sino vosotros que la profesais y abrazais de todo corazon, ó cristianos: á vosotros se dirigieron las magníficas promesas que hizo el Señor en el antiguo Testamento, y en el nuevo se cumplen todos los dias para salvacion vuestra! Os están aseguradas con juramento solemne hasta la consumacion de los siglos! *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus in sæcula.* ¡Oh consuelo! ¡Oh felicidad de los cristianos!

CAPÍTULO XVII.

El Evangelio espresa admirablemente el gozo en que se vió inundada Santa Isabel con la visita de su endiosada Prima. En el instante, dice San Lucas, que Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su seno dió saltos de alegría. Eutimio dice que Jesus le habló por boca de su Madre: *Christus locutus est per os Matris.* Y de tal modo le llenó de las gracias del Espíritu Santo, que no siéndole posible contenerlas, dando saltos de gozo las derramó en su Madre, quedando ambos bañados en el torrente de los consuelos divinos.

¡Qué de prodigios se agolpan en el dichoso encuentro de

estas dos Madres! Una Madre vírgen, que lleva á Dios en su seno: una madre estéril, que lleva un ángel en el suyo. María se habia hecho madre de un Dios al oir la voz de un ángel: Isabel se hacia madre de un ángel oyendo la voz de su Prima, pues hasta entonces no habia concebido mas que á un pecador; pero al oir el saludo de María, principia á ser madre del mayor Santo, á quien la Escritura dá muchas veces el dictado de ángel.

Isabel se llenó del Espíritu Santo al saludarla la Reina de los ángeles: *Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Obsérvese sin embargo esta gran diferencia. La Vírgen Santísima fué llena no solo de la gracia sino tambien de la persona misma del Espíritu Santo, el cual se dió como el esposo á la esposa, haciéndose divinamente fecunda por su operacion sobrenatural, y para permanecer siempre con ella sin jamás separarse. Mas cuando se dice que Isabel fué llena del Espíritu Santo, entiéndase que lo fué de los dones y gracias de este divino Espíritu; y no solo de una grande abundancia de gracias santificantes comunicadas por la presencia del Salvador y de su dulce Madre, aquel inexhausta fuente de las gracias y esta canal universal de todas ellas, sino tambien de las gracias gratuitas como el don de profecía, el de sabiduría, el de entendimiento y otros muchos, de los cuales se halló tan colmada que apareció al mismo tiempo iluminada como los profetas, sábia como los Padres de la Iglesia, inteligente como los ángeles, encendida en amor santo como los serafines. Enriquecida así de tantos dones del Espíritu Santo y animada por su divino soplo habló con voz tan alta que resonó en todos los siglos siguientes, y aun hoy resuena en el Evangelio: *Exclamavit voce magna: benedicta tu.*

Escuchémosla con atencion y observemos que al mismo tiempo canta los elogios del Hijo y las alabanzas de la Madre; profetiza los misterios mas profundos y ocultos; confunde las herejías, y declara las mas importantes y sublimes verdades de la fe, trasluciéndose en cada una de sus palabras su celestial arrobamiento. Oigamos cómo profetiza los magníficos prodigios del misterio de la Encarnacion: *Benedicta tu in*

mulieribus, et benedictus fructus ventris tui. Bendita tú eres entre todas las mujeres, dice á su amada Prima al verla entrar en su casa con dulzura de ángel y majestad de reina, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y quién le habia descubierto el misterio obrado en ella de una manera tan invisible y secreta? ¿Quién le habia dicho que era la Madre del Hacedor supremo; y el niño que llevaba en sus virginales entrañas, era aquel fruto de bendicion que repararia los desórdenes del fruto prohibido? «Dichosa porque creiste las palabras del ángel» añade Santa Isabel. ¿Y quién le ha dicho que el Señor le hizo anunciar por un ángel que seria madre de su propio Hijo?

Oigamos cómo establece sólidamente las mas importantes verdades de la fe relativas á la adorable persona de Jesucristo y á la gloria de su inmaculada Madre: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Se reconoce indigna de ser honrada con aquella visita, porque no merece recibir en su casa á la Madre de su Señor, es decir, de su Dios; luego está firmemente persuadida y á voz en grito declara que la Santísima Vírgen es verdadera madre del Altísimo. ¡Calla pues y enmudece, blasfemo Nestorio, porque mientes diciendo que solo es madre de un hombre que se llama Cristo!

Reconoce y dá á conocer que hay dos naturalezas en Jesucristo; la humana, que es la única que María pudo darle; y la divina que es la única que el divino Padre pudo comunicarle de su propia sustancia: pero estas dos naturalezas están unidas en una misma persona, la cual no es una persona humana sino divina, por lo que la Santísima Vírgen es verdadera madre de Dios. El que hemos visto morir en una cruz es el Hijo del Eterno Padre; y el que los ángeles vén reinar eternamente en la gloria, es hijo de la Santísima Vírgen, porque es el mismo. ¡Oh milagro del don de entendimiento de Isabel que previene la decision de los Concilios universales, que establece la fe de la Iglesia antes de los Apostóles, que espone las mas sublimes y profundas verdades de la religion antes de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, confundiendo anticipadamente las herejías, que ha-

bian de levantar en el curso de los siglos su cabeza venenosa. ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el don de entendimiento, que recibió cuando fué llena del Espíritu Santo?

Observemos como agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu, no se espresa mas que con esclamaciones y transportes de alegría. ¿Venir á mí la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mí tan inmenso beneficio? Yo no soy mas que la madre del siervo; y hé aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! ¡Oh adorable Providencia! ¿de dónde me ha venido este favor insigne? ¿Quién me ha traido este bien incomparable?

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Bautista en brazos de María, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su alumbramiento para servirla y asistirla como amorosa y caritativa prima y no solo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de dia en dia el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de María no solo han de admirarnos, sino tambien ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor no clamen contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos tambien las reglas de una buena y santa conversacion, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una parte á otra. Si nos es preciso visitar, debemos á ejemplo suyo esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda en que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perjudicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversacion muy familiar con esa especie de gentes: cuando el encuentro es casual y pasajero no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversacion es deliberada, debe ser con pocas personas, y estas muy escogidas, una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitacion, porque sin advertirlo nos irémos revistiendo de su espíritu. ¡Ay del que ha escogido mal! La compañía de los pecadores es mas nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Mas prontamente nos hacemos perversos con los perversos que santos con los santos. Considerémos de qué modo se porta la Reina de los ángeles en su visita: figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo recíproco de Isabel y María: escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo: nada de noticias, que solo sirven para satisfacer la curiosidad: nada de negocios del siglo, que distraen y disipan: nada de cosas terrenas, que inclinan el espíritu á la tierra: hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, su conversacion es del cielo y sus discursos de Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Siglos antes del parto de la Madre-vírgen, dijo Isaías que una vírgen concebiria un hijo y le llamaria Emanuel: esto es, Dios con nosotros. El Altísimo pues nos asegura que